

El personalismo, hoy

Gregorio PECES BARBA

TODOS los momentos críticos de la historia, cuando pelagra el hombre, como eje de la vida social, suponen un resurgir de los movimientos humanistas. No cabe duda que hoy, más que nunca, el hombre y su realización plena peligran sumergidos por las cosas, por el bienestar, por la explotación y por el totalitarismo. Marx nunca pensó, y en ese sentido es muy acertada la observación de Fromm, que la alienación opulenta puede ser tan deshumanizadora como la alienación indigente. Sea esta la causa, o sea aún la vieja imagen de la alienación clásica, desgraciadamente muy vigente en muchas partes, los obstáculos al desarrollo integral de la persona humana se multiplican. La esperanza está en esa reacción de vuelta al hombre, de defensa de la persona que surge desde todas las perspectivas. En esas corrientes humanistas debemos insertar al personalismo comunitario.

Muchas veces en estas páginas, que han dejado atrás su número 50, hemos fundado nuestra postura en esta concepción. Aquí, ahora, es conveniente resumir la vigencia y la responsabilidad de un planteamiento personalista en nuestro país, de cara al futuro. La tremenda dificultad consiste en que, siendo la afirmación central del personalismo la existencia, en la realidad o en el horizonte, tras nuestro esfuerzo, de personas libres, autocreadoras de sí mismas, y del mundo a su alrededor, se introduce, como dice Mounier, «en el corazón mismo de esas estructuras, un principio de imprevisión que disloca toda voluntad de sistematización definitiva». Como actitud ante la vida, como concepción del mundo, el personalismo, pese a la dificultad antes expresada para convertirse en sistema, o precisamente por esa misma indeterminación que lo hace más asuntivo y menos dogmático, aparece hoy como tremendamente moderno y valioso. Ciertamente de él solo no surgirá la salvación de nuestro mundo, porque esto sólo puede proceder de la aplicación conjunta de todos los esfuerzos humanos, pero puede ser un colaborador inestimable en todo esfuerzo de progreso, de verdad, de libertad y de justicia.

A lo largo de la historia ha existido un personalismo implícito, fruto del esfuerzo de todos los hombres de buena voluntad. Todos los constructores del progreso de la Humanidad, fueran cuales fueren sus puntos de partida, han contribuido a hacer más plena la vida del hombre y han sido en ese aspecto personalistas. De ahí viene su sentido integrador y asuntivo. Para él, desde la antigua Grecia hasta el marxismo y el existencialismo, pasando por el pensamiento cristiano y por el renacimiento, desde Sócrates a Jean Paul Sartre, todas las creaciones humanas han sido positivas, todas han aportado algo.

Pero ese pensamiento difuso, que consideraba al hombre como centro, que tanto debe al mensaje cristiano, y que un poco a oscuras se va plasmando en los entresijos de la historia, se empieza a concretar, a explicitar en nuestro siglo, con la profunda crisis que en él sufre la Humanidad.

Remotos precursores son todo aquel grupo de hombres beneméritos que, con gran clarividencia,

pretendieron reconciliar la fe cristiana o, mejor dicho, su manifestación a través de la Iglesia con el mundo moderno, nacido de la Revolución francesa. Sin afán de agotar el tema, citemos a Lammenais, Montalembert, Toniolo, Sagnier, Sturzo, etc. Más próximos están Peguy, Maritain y la influencia del socialismo utópico, del anarquismo y del marxismo. Hoy es importante, en este campo, el esfuerzo del pensamiento marxista para ponerse al día tras el estéril período del dogmatismo stalinista. En ese sentido son importantes las aportaciones de Fromm, de Garaudy, de Di Marco, de Korac, de Goldmann, de Marcuse, etc., entre otros. Mounier y el movimiento Esprit, Teilhard de Chardin, Lacroix, Domenech y otros, perfilan y concretan el personalismo comunitario.

En nuestra patria es Indudable la influencia de Victoria y de Suárez, de Jovellanos, de Giner y de Fernando de los Ríos, de Unamuno, de Pedro Laín, de Ruiz-Giménez y de Aranguren.

También la de Machado, nuestro poeta, sin exclusivismos, porque era tan grande que podría ser de muchos.

La persona no es un ser abstracto, ni una construcción filosófica, sino cada hombre concreto, con sus sufrimientos y sus alegrías, con sus esperanzas y sus deserciones. Su desarrollo integral, el de cada hombre concreto, sólo puede hacerse en la sociedad. Cada uno solo es plenamente persona entre los demás. Así, el hombre se hace, desde que nace, en una doble tensión, de interiorización, descubriendo en lo más profundo de la propia naturaleza las estructuras de la vida y de la conciencia, y de expansión, contrastando y puliendo su propio yo, en el descubrimiento del otro y en la resistencia y dificultades de las estructuras. Esta doble tensión supone una interinfluencia entre la conciencia y la sociedad, la naturaleza y la historia.

Esta estructura humana evoluciona y se perfecciona, con el esfuerzo de todos los hombres. Nadie, desde dentro de la historia, puede juzgar con perspectiva exacta sobre lo positivo y lo negativo. Sólo quien esté fuera de la historia y pueda ver principio y final, alfa y omega, tiene capacidad para hacerlo. En todo caso, ningún hombre ni ningún grupo de hombres puede pretender monopolizar o excluir. Esa es, para nosotros, la profunda raíz del pluralismo y de la libertad. En ese sentido Peguy decía: «Un gran filósofo nuevo no es un hombre que logre demostrar que cada uno de sus ilustres predecesores, aislados o en conjunto, y especialmente el inmediatamente anterior, es el último entre los imbéciles. Es un hombre que ha descubierto, que ha inventado algún aspecto nuevo, alguna realidad nueva de la realidad permanente; es un hombre que entre a su vez y con su voz en el concierto eterno.»

El personalismo comunitario pretende superar el punto muerto a que se llega desde perspectivas marxistas o liberales, pero no pretende sustituirlas. Las reconoce su puesto y su papel. Sólo quiere contribuir a la construcción de la Humanidad.

¿Cuál será, teniendo en cuenta todos esos presupuestos, el significado del personalismo, qué com-

promiso supondrá el llamarse personalista aquí y ahora? Para mí, tanto individual como colectivamente ser personalista, o propugnar un movimiento político de esa inspiración, implica ser auténticamente revolucionario, ser socialista y amar y luchar por la libertad plena, especialmente en este caso la social y política.

SER AUTÉNTICAMENTE REVOLUCIONARIO

LA profundidad de la reforma, para hacer al hombre auténticamente libre, exige un sentido completo de lo revolucionario que parta de la propia persona y de la concepción que de ella tengamos. No basta modificar las estructuras exteriores, siendo necesario hacerlo, porque se ha demostrado que esto **no es cierto que cambie** la conciencia de los hombres. La revolución será moral o no será, decía Peguy. La opresión está muchas veces en el propio corazón o en la mente del hombre, y si los cambios estructurales no se dirigen a cambiar eso habrán fracasado. Si la igualdad conduce a la sociedad del bienestar, adormecedora, creadora de la tiranía de las cosas, se estará creando un nuevo enemigo del hombre tan nocivo como los anteriores para su desarrollo. La historia nos demuestra que todos los períodos de bienestar han sido el primer momento de los períodos de decadencia. Si el progreso se abandona a sí mismo y no se conecta como fin con el hombre, una nueva tiranía aparecerá.

El ser auténticamente revolucionario supone hoy, aquí y ahora, poner la nueva sociedad al servicio de la persona. No es cierto, pues, que el gobierno de las cosas puede ser conducido independientemente del hombre que las utiliza. Lo ético, entendiéndolo, como la normativa de la conducta humana, por un lado, y por otro las condiciones que permiten la existencia de estructuras humanas, debe encauzar y dirigir a las técnicas económicas. El esfuerzo revolucionario se centra y adquiere así su verdadera perspectiva. Esto exige «reconstruir el amor del mundo», en la limpieza de los fines últimos de hombre. «No se reconstruye la verdad con trozos de mentira y con absolución», dice Mounier. Con las estructuras que cambian hay que transfigurar los valores, especialmente los de la ética burguesa. En España eso exige partir de lo real y ser profundamente auténtico, comprendiendo lo que ocurre. Si el mundo es cada vez más difícil de comprender, guardémonos de los que piensan que hay que renunciar a hacerlo y dedicarse a manejarlo. Si esto se hace en nombre de la libertad, o para construir una democracia a base de falsas aunque cómodas soluciones bipartidistas que no responden a la realidad, se prostituye el verdadero sentido de la vida, y a la larga la podredumbre moral que esto supone destruye la propia libertad que por caminos falsos se pretendía instaurar. La gran tentación de falsedad para hacer las cosas más de prisa, para salir antes de las dificultades, es el gran enemigo de un personalismo auténticamente revolucionario.

Esto sólo se construye racionalmente, avanzando

según lo posible, pero apoyándose sólo en las auténticas fuerzas que sólo están en el pueblo.

SOCIALISTA

PRECISAMENTE por defender el pleno desarrollo de todos los hombres, y por pensar en un enfoque ético de la vida colectiva, se considera que el socialismo es el sistema válido desde una perspectiva personalista, completándolo con el tercer carácter que hemos señalado. La plenitud de todos los hombres no es posible en España sin la propiedad de los medios de producción en manos de la sociedad, al menos, de inmediato, los que supongan un peligro para la colectividad si permanecen en manos privadas. Las medidas que se señalan en el llamado «Manifiesto de Palamós», redactado por Joaquín Ruiz-Giménez, con el acuerdo de todo el Consejo de Dirección de esta revista, son las inmediatas que parecen surgir de esta necesidad de igualdad para el desarrollo de todos. Sin negar la existencia de otras razones exclusivamente técnicas que abundan en la necesidad de un sistema económico socialista, nos parece más fundamental para el personalismo la razón ética. El capitalismo y el neocapitalismo, que quizá soluciona las contradicciones técnicas, no son capaces de solucionar sus contradicciones morales, porque precisamente se basan en ellas. La tergiversación del sistema de valores que supone con la explotación del hombre por el hombre, y la supremacía desbordada del dinero, hacen profundamente rechazable, desde la perspectiva en que nos encontramos, al capitalismo.

Por eso, el movimiento político que en su día se inspire en el personalismo tendrá que combatir por la construcción de una sociedad socialista, sin poder ceder, pese a las tentaciones que en nombre de la solución de los problemas inmediatos presenten los políticos seudorealistas.

EN LA LIBERTAD SOCIAL Y POLITICA

EL personalismo va inexorablemente unido a la libertad. Es evidente que si defiende el desarrollo integral del hombre debe incluir, como elemento de este desarrollo, la libertad. Este es un factor esencial de la persona, quizá uno de sus distintivos más importantes. Por la libertad el hombre dice NO. Es cierto que lo dice pocas veces, que está muy condicionado por factores internos y estructurales, pero precisamente con su esfuerzo, con su participación en la vida, su libertad se va ensanchando, se va enriqueciendo y en ese sentido es una conquista de cada día. No se puede, en nombre del progreso ni del hombre acabar con la libertad. Esto ocurre cuando se hace desaparecer la libertad social, de multiplicación de las relaciones sociales, de creación de sociedades dentro de la sociedad política, o la libertad política de participar en la construcción de una sociedad más libre y más justa, con garantía de unos derechos fundamentales. ¿Qué razón hay para esta

supresión y en nombre de qué valores? Decíamos al principio que nadie puede monopolizar la verdad, ni reservarse en exclusiva la construcción del mundo. Todos los hombres tienen derecho a ello. Cuando la libertad social y política no existe, es evidente que esa libertad más íntima característica de cada hombre sufre. Tanto la libertad psicológica como esa otra que el hombre va conquistando día a día, ayudado por la primera, y con el ámbito de autonomía que le da la libertad social y política, no tienen sentido, son imposibles si éstas son suprimidas. Por eso, porque confía en el hombre y en su capacidad para luchar contra la mentira, la incultura o la opresión quiere realizarse en la libertad. Por eso el personalismo es contrario a todos los totalitarismos y a quienes en nombre de la eficacia quieren terminar con la libertad. Es confortadora en ese sentido la crítica que muchos socialistas marxistas hacen de las estructuras nacidas de la Revolución de 1917, que tanto en Lenin como en Stalin tienen en su base una falta de confianza radical en el hombre y en sus posibilidades. No podíamos nosotros ser más duros, por ejemplo, que el profesor Korác, de la Universidad de Belgrado:

«La tendencia observada a menudo en los países socialistas, de tomar el adelanto y el crecimiento técnico de las fuerzas productivas... como el índice del grado de socialismo y progreso social alcanzado, atestigua la existencia de este peligro, sobre todo porque al mismo tiempo el progreso de la Humanidad y de los derechos personales permanece relegado a un segundo plano... El deseo de acelerar el progreso técnico material desemboca en sacrificios humanos deliberados y en el intento de justificar esos sacrificios por la necesidad histórica...»

LA libertad, para participar en la construcción de la sociedad, sin que otros puedan sustituir ese deber y ese derecho indeclinable, es radical para el personalismo. Sin participación no hay realización plena del hombre. Las estructuras de la razón y de la conciencia sólo se desarrollan con el uso de la libertad. En vez de fomentar la actuación de minorías de choque, sin negar el valor de lo profético, la tarea hoy consiste en el gigantesco esfuerzo de preparar a la mayor cantidad posible de hombres para que puedan participar con autonomía de criterio en los problemas colectivos. De ahí el ingente esfuerzo cultural, de desarrollo intelectual, que exige un planteamiento personalista. Sólo una sociedad de hombres libres podrá construir una vida a escala humana.

Ciertamente la tarea que el personalismo tiene hoy, aquí, es ingente. Como diría Peguy, es una mirada hecha para una luz distinta. Hay que hacer que la mirada coincida con la luz, no cambiando la mirada, sino haciendo que la luz sea auténtica luz. Es una tarea hermosa y esperanzadora, pero llena de dificultades. En ella muchos hombres de buena voluntad pueden coincidir.

NOVEDAD

DIOS - ATEISMO

III Semana de Teología de la Universidad de Deusto. Bilbao, 1967

TEMARIO:

- *El ateísmo de la realidad*, por Jesús Aguirre.
- *Exégesis de «Gaudium et Spes» 19-21*, por Antonio Marzal.
- *¿Iglesia para los increyentes?*, por Juan Bautista Metz.
- *Ciencia-técnica y ateísmo*, por Alberto Dou.
- *Ateísmo y política*, por Manuel Jiménez de Parga.
- *Moral y Ateísmo*, por Luis Ellacuría.
- *Raíces de ateísmo en Carlos Marx*, por Melcio Agúndez.
- *Existencialismo ateo*, por Ignacio Ellacuría.
- *Psicología profunda y ateísmo*, por Andrés Tornos.
- *Ateísmo y marxismos occidentales de hoy*, por Rafael Belda.
- *Ateísmo real en España 1967*, por Enrique Miret Magdalena.
- *La teoría americana de la «muerte de Dios»*, por Alfonso Alvarez Bolado.
- *Aproximación de la razón humana a Dios*, por Juan María Isasi.
- *La vida de la razón y la afirmación de Dios*, por José Manzana.
- *¿Es afirmativa la negación atea?*, por Jaime Castañó.
- *Juicio bíblico sobre el ateísmo*, por José María González Ruiz.
- *Dios al encuentro del hombre en la Biblia*, por José Ramón Scheifler.
- *El Dios de la fe cristiana*, por José Gómez Caffarena.
- *Diálogo sobre la Semana de Teología.*

544 págs., 325 ptas.

Pedidos a:

ediciones
mensajero